



Grupo de Montañeros
VETVSTA

*Adherido a la Federación Española de
Montañismo y Federación Norte de Esqui.*



Un pañuelo en los Tiros del Rey

(Foto J. Quintanal)

 **Gestoría**

Prieto

 **Noriega**

MINAS
INDUSTRIAS
AGUAS
AUTOMOVILES
HACIENDA, ETC., ETC.

DOCUMENTACION
de
EMBARQUES Y PASAJES

Oviedo

Fruela, 14-1.º

TELEF. 1403 - 1404

Gijón

Corrida, 85

TELEFONO 2014

Isa

B A Z A R

Perfumería

Artículos de piel - Artículos de viaje

Géneros de punto

Bisutería

Deportes

Isa

Schulz, 2 y San Juan, 11

TELEFONO 3836

OVIEDO

De nueva en las Picas de Europa

Otra vez mochilas del Vetusta se han asentado sobre el Paraíso de Asturias, y al ser depositadas sobre el césped de la Vega de Enol en la tarde, memorable para los excursionistas, del 30 de julio, tuvieron la virtud de romper la densa niebla que agobiaba todo el Macizo, dejando extasiados, a la vera misma de aquel Lago de ensueño, a cuantos tuvieron la dicha de admirar esta vista maravillosa y siempre nueva de las Peñas Santas.

Se inicia la marcha hacia Vega Redonda, que se hace muy lentamente, no tanto por el cansancio como porque cada recodo es un nuevo aspecto que admirar. Apenas un poco la sequedad del alegre Río Redemuña, que casi no puede llenar con sus aguas el Pozo del Alemán. En la Rondiella anochece entre una dulce sinfonía de esquilonos y la canción melancólica de algún pastor. En un recodo, la proyección de las linternas de los que van, se cruza con la de los que esperan en el Refugio, sucediendo a este «morse» luminoso la gritería jubilosa y alpina del encuentro y el bullicio de la instalación del campamento.

En torno a la hoguera, un diálogo vivo y caliente; como sus llamas, comenta y proyecta para el día siguiente, dejando paso a melodiosas canciones regionales que se van imponiendo hasta que el último chisporroteo mete en las tiendas a los rezagados, que piensan, más que duermen, aunque la dureza del suelo está suavizada por el césped de la campera.

A las 7 de la mañana, del domingo, se inicia la ascensión a Peña Santa formando el primer grupo 24 montañeros. Se alcanza pronto la «Collada de Juan González» desde donde ya comienza a dominarse el paisaje soberbio del Macizo, destacando, desde este lugar, el color indefinible que dan los primeros rayos solares a la torre esbelta de «Porru Bolu». En el descanso del Alto de Cebollada una manada de rebecos deslumbra en las acrobacias de su huída. Placas fotográficas y apuntes, indicaciones, preguntas; los nervios están desatados por mil sensaciones. El ziz-zag del movedizo pedrero que lleva al Alto de Arenizas o Collada de Santa María, es agotador. Un breve descanso y se inicia la escalada a la Peña, cuya cumbre es coronada a las 11,45.

Un montañero deposita un ramo de flores al pié de la Santina de Covadonga. Predomina ahora en el grupo lo religioso a toda otra sensación. Y se observa con impaciencia la escalada del Capellán Don Rosendo Riesgo que sube con seis seminaristas a officiar la Santa Misa. A los pies de «Regina Montium», en el silencio imponente de las cumbres, las frases litúrgicas adquieren entonación y sonoridades especiales. Hay varias comuniones. Al final de la Misa, el himno de la Santina sube a lo alto en vibración emocionada.

El descenso. Lento por la dificultad de los pasos y la numerosidad del Grupo. El enemigo mayor: las piedras desprendidas que hacen algún descalabro. Remis se desvive por animar a todos y ayudar a quien lo necesita. Se multiplican también los «peñalaros» Galilea y Sol, que han subido con el Grupo y nuestros veteranos de siempre. Otra vez Horcada Areniza y descenso rapidísimo en busca del agua bienhechora. Desde el Refugio se continúa a La Piedrona, al encuentro de los que han venido de Oviedo en autocar, pero la mayoría no han podido llegar por haberse impedido subir a los Lagos al camión que había de transportarlos. En vista de ello se aplaza el anunciado homenaje póstumo a Horacio Rivero.

De nuevo al Refugio; unas cortas horas de descanso y, al amanecer del lunes, entre espesa niebla, Remis nos lleva a Cotalba. La última parte de la escalada se hace ya a pleno sol. Y otra vez, la vista fantástica de las Peñas Santas sobre el mar de nubes. Queda poco tiempo. Descendemos hacia Ordiales y, ya sin visibilidad, hacia Enol, donde se celebra la Fiesta del Pastor, que desluce la persistencia de la niebla. En una hora y media se recorre el camino de descenso a Covadonga, donde aún queda tiempo de saludar una vez más a la Santina en su Cueva, antes de regresar a Oviedo con la carga, no pesada por cierto, de nuevos e imborrables recuerdos de las horas de estos días, que, por lo recientes, se desdibujan aun en la emoción de sentir el «Paraíso poseído».

Actividades del presente mes

10 de julio.-A Gorfoli

De verdadero paseo podemos calificar la ascensión a Gorfoli (610 m.) que fué uno de los pocos regalos que la Comisión de Montaña otorgó en los Concursos del presente año.

El autocar más capaz de Oviedo salió repleto de la capital. Muchos excursionistas iban solamente a la Playa de Santa María del Mar, pero a la vista del soberbio paisaje del bosque que hace de soporte del Pico y ante el tedio de la espera se decidieron a subir a la cumbre. Sudaron todos, pero no le pesó a ninguno. Y de esta sencilla ascensión quizá sacará el Grupo algún buen montañero más. Algunas caras de aquel día nos son ya familiares.

Al mediodía los montañeros de hecho y derecho se precipitaban ruidosamente sobre la arena de la simpática, pero ya excesivamente popular playa de Santa María del Mar, en cuyas aguas se confundieron con «el común» al igual que el autocar perdido entre los numerosos del regreso, de entre los que destacaba exclusivamente por su tamaño.

EL 531.

17 de julio.-Travesía del Alto del Palo-Puerto de Somiedo

Aunque con tiempo un tanto inseguro, la travesía de los lagos de Somiedo se realizó con normalidad. Salimos de Oviedo el sábado, 16, a las tres de la tarde, en el tren provincial hasta Campomanes. De aquí, un camión conducido por un experto conocedor de la carretera, nos llevó con velocidad vertiginosa al puerto de Cubilla completamente cubierto de niebla. A las siete treinta, entramos en tierra leonesa con mejor visibilidad. Siguiendo por la carretera en construcción llegamos casi una hora después a la casa de Mieres, desde donde se comen-

zó la ascensión a Peña Ubiña la Pequeña. De nuevo nos invadió la niebla bastante molesta; sin embargo, esto tuvo sus compensaciones, porque en los momentos en que se rasgaba admiramos un paisaje tanto más agradable cuanto más breve y apetecido; por otra parte sirvió de refresco a lo áspero de la subida. La escalada última de la peña se realizó, gracias a Dios, sin niebla de ninguna especie. Fué mucha más dura que la Grande (castigo a nuestro sentimiento de superioridad el día S. Pedro) y no estuvo desprovista de accidentes que pudieron resultar graves. El primer grupo llegó a la cumbre hacia las diez de la noche, hora ya bastante avanzada, pero aún tuvo tiempo de bajar de día y encontró fácilmente el camino de Torrebarrio, lugar destinado a pasar la noche. El resto de los montañeros llegó media hora después y este pequeño retraso se pagó caro, porque a la mitad del descenso y aun en la peña viva, se echó la noche encima. Afortunadamente la bajada se ofreció más fácil, pero no obstante se hizo muy larga por la obscuridad creciente. A las doce de la noche hicimos un alto en la majada de la Argayada y arrancamos hacia Torrebarrio en compacto grupo, alumbrados por la débil luz de una estrellada magnífica. Antes de llegar al pueblo, salió a nuestro encuentro un guía enviado desde Torrebarrio por el grupo de vanguardia. Por fin, a las dos y pico de la mañana, entramos en el pueblo, donde cenamos y pasamos el resto de la noche.

A las seis y media de la mañana estábamos en pie haciendo preparativos para la verdadera travesía. Aunque ésta empieza aquí, los incidentes y emociones más intensas se sucedieron en la primera etapa de la excursión, de tal modo que la jornada se inició con cuatro heridos o lesionados que, a pesar de todo, no flaquearon un momento. Hacia las ocho y media salimos de Torrebarrio por la carretera que conduce a Torrestío a donde

llegamos hacia las diez y de aquí tomamos el camino de la Collada de Balbarán. Poco a poco fuimos perdiendo de vista la mole inmensa de Peña Ubiña coronada de niebla y, a medida que ascendimos por la cañada, el panorama se transformó, desapareciendo los valles típicos leoneses para dar lugar a las angosturas asturianas. Desde esta collada dominamos el valle de Saliencia y enseguida llegamos a dar vista al Lago de la Cueva, al sur de la Peña del mismo nombre. Verdaderamente el paisaje desde estas alturas es brioso y sorprende por la rica coloración del agua y de la piedra. A nuestros pies, en una gran hondonada de escarpadas laderas, el lago, iluminado por el sol entre nubes, nos muestra las aguas limpias y transparentes de un azul profundo que contrastan vivamente con la caliza blanca y rosa de la cuenca. Frente a nosotros se alzan los Cuetos Albos a cuya escalada renunciamos debido a la premura del tiempo y a lo duro de la jornada anterior. En las inmediaciones del lago y al pie de una fuente hicimos la comida y descansamos un rato.

A las dos y media nos pusimos de nuevo en marcha hacia el Lago de la Calabazosa que se halla a corta distancia, y desde éste nos dirigimos casi sin paradas hacia el Valle del Lago a través de grandes camperas rodeadas de abruptas sierras. La temperatura fué baja en general y el cielo estuvo cubierto, pero se caminó bien y la visibilidad fué buena. Hacia las cinco de la tarde se dió vista al Lago del Valle algo apartado de nuestra ruta y desde este punto descendimos rápidamente a Pola de Somiedo a donde llegamos a las ocho y media de la noche. Aquí pernoctamos para tomar al día siguiente el coche de línea que nos trajo a Oviedo.

HEVIA.

24 de julio.-La Travesía del Aramo

Se la temía y con razón. Es mucho «trote» para un día solo, pero su prolongación a dos, hubiera hecho disminuir el número de participantes. Nuestro viejo amigo «el rapidillo» nos resta una hora de las ya alambicadas de que disponemos. El «bólide» en que nos lleva el

gran Jesús Suárez por la empinada carretera hasta la Armada, consigue recuperarnos algo de esta pérdida. Día tedioso y gris del que vamos despojándonos, al igual que de nuestro mal humor, a medida que ascendemos a la Vega de los Veneros, al llegar a la cual un sol radiante y un mar de nubes en torno de toda la Sierra hacen cambiar completamente la fisonomía del día y de los montañeros.

Catorce coronan Gamoniteiro y, por esta vez, puede más la sima. Allá al fondo atrae con fuerza irresistible el Lago de la Cueva, hacia el que se precipita el Grupo, deleitándose pocos minutos después en las frías aguas de su Fuente inigualable. Comida breve y muy frugal. Queda aún mucha marcha. Atrás van quedando, relumbrando su caliza a un sol de fuego, los Picos y el Lago Glayeru, Moncuevo, Barriscal, etc. Y... ¡al fin!, Gamonal, donde descansamos un largo rato.

La niebla no ha cesado de acecharnos y espera el momento de nuestro descenso. Antes de llegar a Fontazán, en la transición más brusca de tiempo que recordamos, estamos empapados, pero no de sudor, como antes, sino del vapor denso que es casi un «orbayo». El frío nos hace arreciar y, con las naturales precauciones de la falta de visibilidad, marchamos todo lo rápidamente que podemos en busca del agua de Fuente Texo para nuestras gargantas quemadas por la sed. Para saciarla tendríamos que haber estado allí dos horas, pues apenas si salía gota a gota. Hacia Brañacé, donde nos espera igual desconsuelo que hace «desmelenar» al Grupo, aprovechamos a la vez la disipación de la niebla, volando hacia Peñerudes, en cuyo chigre hubo «reposición» general.

Atrás quedaba el Aramo, metiendo sus crestas en el húmedo seno de las nubes, para consolarse de la falta de su manto de nieve. Con las primeras sombras de la noche el chocar de los clavos mantañeros sobre la dura calzada, indicaba la fuerte e irrenunciable vocación de andar y los pasos se daban sin fatiga.

Hasta Fuso, donde, otra vez el tren, «roba» media hora de sueño a los cueros siempre animosos de Margarita y Jesusín Quintanal, héroes de la jornada.

EL 531.

El cura y el diablo

POR RICARDO LUIS ARIAS

Entre los pintorescos pueblecitos de Riospaso y Tuiza—del Concejo de Lena— y en un recodo de la tortuosa carretera, existe un lugar llamado «El salto del Diablo», por el que, aún hoy transitan con cierto recelo los buenos paisanos. Trátase de un gran precipicio en cuyo fondo corren, por entre rocas y helechos, las aguas cristalinas del río Güerna. Creo que fué allá por la primavera de 1840 cuando los indígenas le dieron tal nombre.

Sucedió así:

Erase Pedrón un arriero de malas costumbres y de un genio endiablado que se había captado la antipatía de todos los moradores del Valle Güerna. Jurando y maldiciendo pasaba siempre con su reata de mulas por el escabroso sendero—hoy convertido en no menos escabrosa carretera—, camino de Castilla. Por aquel entonces era párroco de Riospaso el virtuoso Don Julián, celoso sacerdote a quien veneraban los feligreses por sus múltiples bondades.

Don Julián y Pedrón, dos «bigardos» como castillos, no hacían muy buenas migas, pues el primero reprendía duramente al segundo por su vocabulario soez y lo apartado que vivía de las cosas de Dios.

Un domingo—como tantos otros—, Don Julián le ganó la partida a los bolos y el arriero acogió la derrota con juramentos y tacos.

—¡Mecachis en tal... Esti cura valse de les males artes hasta pa xugar...

—Mira, Pedrón—dícele el párroco cogiéndole por las solapas—, me estás cansando y un día vas a conseguir que me olvide de esta sotana y...

—¡Bah, siempre sal con lo mismo! ¡Mecachis!, ya sabe que cuando quiera me tien dispuestu a ehar un pulsu...

—¡Vete, Pedrón, vete y no me tientes!...

Mordisqueando el pajizo mostacho marchóse el arriero amenazando con el puño a todos los que quedaban en la boquera. Aquella tarde misma enganchó las mulas y siguió ruta a Castilla. Pasaron los días y con estos las semanas y, como Pedrón no tornase, los pacíficos vecinos comenzaron a festejar la ausencia del brutal hombretón que los tenía amedrentados. Unos opinaban que se había establecido en León, y otros aseguraban que, después de embrujar con un bebedizu a una rica viuda babiana, se casó con ella huyendo luego con sus mulas cargadas de oro.

Ya el olvido había tendido un manto sobre la persona del arriero cuando, un día llegó Jacintín, el zagal de la becerca, temblando como una vara verde y asegurando que en el precipicio de la «sienda» de Tuiza había visto al diablo dando saltos y jurando entre llamas y humo...

La noticia recorrió aquel día cuatro concejos y las puertas de las casas fueron cerradas con doble tranca. Tres días más tarde, dos mozos que venían de pelar la pava de Tuiza de Arriba, fueron sorprendidos en plena noche por un gran demonio, que aseguraban era el espíritu de Pedrón, y que la emprendió a palos con ellos, rompiéndole una pierna a uno y haciéndole un siete en el cogote al otro.

Fueron sucediéndose las apariciones infernales,

y con ellas los consabidos sustos, hasta que la gente aterrorizada decidió encerrarse en sus casas en cuanto el crepúsculo comenzaba a perfilarse en las vertientes de «Peña Mesa».

Un día le preguntaron los medrosos vecinos a Don Julián:

—¡Ay, señor cura!, ¿nun podría usted espantar el diablú de aquí...

—Pues veréis, hermanos...—dícele suspendiendo la labor de cabruñar un guadañu y rascándose la insurta pelambreira—. Creo que esa ye mi labor. Dejáilo de mi cuenta y ya veréis como a tou gochín llega'í su Samartín...

Y el fornido cura siguió aporreando en el guadañu alegremente.

Aquel año la fiesta del Campo estuvo poco animada porque los mozos y mozas, ante el temor de toparse con el diablú, se largaron a sus respectivos pueblos a media tarde. Solamente Don Julián fué el último, pues entre tertulias y charlas con los viejos fué dando tiempo al tiempo hasta que el día comenzó a fenecer. Oyendo miles de recomendaciones y consejos partió sobre su yegua castaña, acompañado por «Zamploñu», el sacristán, y otros cuatro mozos más, muy «bragaos», que aguardaron para regresar con su querido párreco.



Por la empinada pendiente bajaba el grupo tranquilamente cuando he aquí que, tras un aullido espeluznante, surge ante ellos y al borde del precipicio una descomunal figura vestida de rojo y ostentando dos largos cuernos. Si rápida fué la macabra aparición más rápida aún fué la fuga del «Zamploñu» y los mozos, dejando a Don Julián sólo frente al diablo.

La reacción del cura fué muy distinta. Lentamente se apeó de la yegua y mesuradamente se acercó a la roja figura que agitaba las manos y aullaba como un condenado. De un salto se plantó a su lado y arranque la túnica y los cuernos, dejando, al descubierto la hercúlea figura de Pedrón el arriero.

—¡Al fin te atrapé, arriero empecau! Conque el diablú, ¿eh?...

—¡Mecachis en tal..., esta es la ocasión pa descuartizar a un cura marrulleru!—exclama el furibundo y suspuesto demonio. Luego añade socarrón:—¡Nun saca hoy la disculpina de la sotana?...

—Nada de eso, ¡mazapilón!, hoy voy a predicarte con otros argumentos...

Lo que aconteció después—corregido y aumentado—lo contó el «Zamploñu» que, agazapau detrás de una roca y a prudencial distancia, presenció el titánico encuentro entre el cura y el diablo.

—¡Virgo Veneranda, qué lucha!—repetía sin cesar el sacristán santiguándose a cada palabra—¡Si viérais, compadres, a Don Julián arremeter contra el diablú y los saltos y berríes que esti pegaba... Envueltos en fumo y llames diéronse de mamporros y sopapos hasta que al fin aquel monstru infernal cayó espaturráu como un sapu... Entós Don Julián levántolu y nun sé qué palabres rares díjoi que el diablú metió el rabu entre les piernas y echando fueu desapareció po la sienda de Castilla dando saltos y berrando lastimeramente como un perru apaleau...

La llegada del cura cortó la fantástica narración del «Zamploñu» y todos los vecinos se agruparon con veneración en torno del campechano hombretón, que traía del ramal a su yegua, mostrando diversos girones en la descolorida y vieja sotana.

—Vaya, vaya, «Zamploñu», veo que se te da bien la perorata...

—Señor cura, yo...

—Anda acompañame que vas luego

Plática a los rebecos

SERRANILLA

(De la obra «Nostalgia», de D. Francisco de la Vega)

Rebecos,
estilizados rebecos,
aladas reses sin alas,
que en la región de las nieves
de esta ingente Peñasanta
vivís, huyendo del hombre,
junto a los nidos del águila,
en vecindad peligrosa
con feroces alimañas:
¿dónde nació vuestro miedo
cerval a la especie humana?...

¿Sois otra raza selecta,
igual que la capra hispánica?
¿O descendéis, por ventura,
de aquella famosa cabra
Amaltea, que el dios Júpiter
alimentó con sus manos?...

Siendo rumiantes pacíficos
de tan noble y fina estampa,
¿queréis decirme, rebecos,
por qué misteriosa causa
no pactásteis con el hombre
una cordial alianza?

¿Persiste en vuestra retina,
por razón de herencia atávica,
la visión del hombre bárvaro
que os persiguió en Santillana?...

¡Cuánto lo siento, rebecos!
Yo, que he tenido en mi infancia
la suerte de ser pastor,
en otra segunda Arcadia,
de un rebaño lucidísimo
de docilísimas cabras,
por ser pastor de algo grande
que al poeta entusiasmará,
más que pastor de elefantes
en las praderas de Asia,
me gustara ser pastor
de rebecos en La Rasa,
en Jultayo, en Aliseda
o en la misma Peñasanta...

Rebecos,
estilizados rebecos
aladas reses sin alas.

Agosto de 1940.

Diez horas de travesía por el Puerto del Anama, desde la Estación de Fuso hasta la de Pola de Lena

Subiendo por Peñerudes y al parar en «Brañacé», bebí dos sorbinos de agua para quitarme la sed.

Caminé hasta «Fontazán» con un sol abrasador, aquí me paré un momento por deseo de un pastor.

Cambié con él impresiones, casi terminé en querrela, por decirle solamente que iba hasta Pola de Lena.

Tenta un calor que me [ahogaba; lo indicaban las «vaquinas» que no estaban en parte baja buscaban todas la Cima.

En el «Toyo del Obispo» como en el de «La Carrera» no quedaba un solo risco en que no estuviera una de [ellas.

Contemplándolas de cerca me sorprendí unos instantes pensando que se trataba de una feria sin tratantes.

Enfilé a la Gamonal sudando como un bendito, era mi deseo llegar a este famoso pico.

Primera desilusión: destapo el buzón y veo que es mío lo que allí leo de mi excursión anterior.

Como una liebre veloz me tiro por el lado opuesto hacia otro lugar mejor.

Llego al lago «Pompedrín» que tiene una fuente rica, allí veo a un «rapacín» poniéndose la camisa.

Las dos cosas yo quisiera poder quitarme a la vez, el sudor que es tan molesto como esta maldita sed.

Después de hacer lo primero [y beber un poco de agua empiezo así la escalada hasta llegar al «Moncuevo».

Al pequeño pastorcito que el agua me sirvió en [cuerno, le ofrecí unas ciruelinas quedando los dos contentos.

Nuevamente, y ya van dos, saco mi vieja tarjeta como la vez anterior.

Esto me deja extrañado quo habiendo tanto monta- [ñero en ocho meses pasados no hayan subido al «Mon- [cuevo».

Dicen que «no hay dos sin [tres», lo asegura así el refrán confirmándose otra vez en la cumbre el «Barriscal».

Observé al Rey del Aramo por ser el más altanero, a este le llamamos todos pico del «Gamonteiro».

A sus faldas me acerqué implorándole perdón y que si no le es molesto me premie con su buzón.

En vano no me ha escu- [chado el más coloso cediéndome a sus pies un Lago hermoso.

Le denominan a éste el de «la Cueva» donde imito a Tartzán en plena selva.

Por un pendiente pedrero piso al Gigante sus faldas; apenas sin darme cuenta los dos nos vemos las caras.

Postrado ante su mojón con silencio y revolviendo, saco el premio concedido lleno de satisfacción.

Abro un buzón de alumi- [nio que contiene una tarjeta de Julián Martín Arroyo, montañero «Peñaubiño» que estampó con esta fecha: 12 - 6 - 49

Después de todo lo hecho ya no me quedaba nada gracias al Coloso y contento como un chico bajé corriendo a la Armada.

A las cinco de la tarde divisé la carretera y dos horas más tarde me planté en Pola de Lena.

AMABLE ZUAZUA.

a llevai esta sotana a la tu muyer para que me la zurza un poco. ¡Cuidao que esi condenau habíai tomao manía!...

—¡Ah Don Julián!—dícele Antón el alcalde—, entós ye verda eso de que usté «despachó» al diablu...

—Sí, hombre, sí, ya podéis dormir tranquilos, que a estes hores ya está en Castilla. Vos aseguro que no asomará más el focicu por acá...

Rodeado por el júbilo de sus feligreses el buenazo del cura sonrío feliz, mientras se acaricia un ojo que comienza a volverse tan negro como su sotana raída.

—¡Qué buenos puños tienes, condelgau arriero!...

Aquella noche en el Valle de Güerna y siguiendo la vieja tradición, las puertas quedaron abiertas.

Ante la fiesta de los pastores

Leyenda del Lago Enol

A once Kms. de Covadonga y 1146 metros de altura sobre el mar, en uno de los rincones más hermosos y atrayentes de Asturias, está situado el lago Enol.

Varias veces salvamos el duro repecho que le separa del histórico santuario. Al principio, con el armonioso conjunto de arboleda, gruta, y basílica a sus pies; luego, dando vista a un sin fin de la serranía costera asturiana; para contemplar después, al cruzar el collado de las Veletras, reflejado sobre la superficie del lago rizada por la brisa, un risueño panorama de riscos, cabañas y nubes que se mueven dulcemente al par que las inquietas ondas del agua en un marco impresionante de afiladas cumbres. Al Este, las torres arrogantes de Cerredo y del Llambrión. Al mediodía, la grandiosa crestería de Peña Santa que en disminución constante hacia Poniente terminará derrumbándose súbitamente en la honda sima de Ordiales.

Recorrimos el duro repecho, decía, varias veces, entre curvas y revueltas o atajos y veredas, zumbando en los oídos, ya en fuerte trepitar del jadeante motor del coche, ya en monótono murmullo que forman los clavos de las botas al chocar con piedra y grava, para llegar hasta allí de paso en muy diversas excursiones y con muy distinto fin y compañía.

Al tomar un merecido descanso junto a la orilla del delicioso lago, muchas veces meditamos sobre el origen de estas

purísimas aguas—que alcanzan los veintitrés metros de profundidad en la zona meridional—formadas a expensas de un glaciar descolgado de la Peña durante el principio del cuaternario. Al menos así opinan modernos investigadores y geólogos. Mas distintas versiones de una misma leyenda que en el fondo poco difieren, atribuyen su origen a causa bien distinta, según nos cuentan los recios pastores de estos incomparables lugares. Veréis:

...Ocurrió hace muchos años. Ni el mayor de los Remis que apacenta sus lucidos rebaños en jugosa majada de aquellos puertos, ni los más viejos de la comarca, recuerdan lo hubiesen visto sus antecesores.

El lago de las verdes aguas, no existía. En su lugar extendíase una graciosa pradería salpicada aquí y allá por diminutas cabañas de roja techumbre que es una nota más de colorido a sumar en aquel paisaje sin igual.

Caía la tarde. Las nubes pegadas a los Urrieles huyen medrosas ante los bajos rayos del sol poniente. Sólo unos girones de niebla agarrados a Cotalba parecen decididos a no abandonar las cumbres.

Por las frescas camperas, y no sé de dónde, viene una extraña mujer; hermosa y pálida, mediana de estatura, apacible la mirada, «con un niño entre los brazos que es el gozo de los que le ven».

Posiblemente pincel de pintor alguno sería capaz de reproducir aquellas facciones si ello lo intentara.

La dulzura en el hablar, la delicadeza de sus ademanes, la tranquilidad de sus andares, debieron pasar inadvertidos al hurafío pastor de la majada de Piedra Llagu a quien fué a pedir alojamiento.

Absorto en sus pensamientos Xuanón—que así el pastor se llamaba—sea porque en Ario se le despeñó una res, sea porque el oso rondaba en los hayedos de Pome, o por tener noticias de haber hecho los lobos una de las suyas... ¡De qué mal humor estaba! ¡Con qué palabras negó posada a la pobre mujer! ¡Qué imprecaciones salían de aquella boca! Hasta la picuda montera con que toca su cabeza cae al suelo ante aquel modo de gesticular.

...En el día que declina, el cielo se enrojece. Las blancas nubecillas del Cotalba, se separan asustadas. Los esbeltos torreones de Peña Santa, con su cortejo de picachos, son testigos mudos de la escena.

Las sombras bajan por momentos de las alturas al valle queriendo borrar quizá aquel desgraciado cuadro, cuando la mujer, triste y dolorida, con la criatura apretada al corazón, deja Piedra Llagu para encaminarse a las cabañas del Acebo. Las mismas que hoy besan las aguas de Enol.

¡Qué zagala tan guapa y buena la que salió a recibirla! El nombre no hace al caso; pero alegre y dicharachera, impresionada por el aspecto y estado de ánimo de la recién llegada, dicen que al verla ex-

clamó: «Probina, ye piquiñina y galana».

Cuanto a mano tenía parecíale poco para agasajarla: manteca, queso, la dorada borona de maíz, y hasta miel traída de Onís le dió de buen grado.

En una de aquellas chozas que la zagala le ofreció, frente a la extensa pradería, retiróse a descansar, no sin antes advertir se apartaran hombres y ganados de la primera majada a que llegó.

Ni un ruido extraño ni nada anormal habían sentido los pastores en la estrella noche. De vez en cuando, el ladrar de los mastines que el eco repite sin cesar... Pero al levantarse de sus lechos, casi en la madrugada, ya la mujer abandonó la cabaña, y... ¡castigo del cielo! la majada de Piedra Llagu estaba convertida en un lago. Solo las casucas del Acebo fueron respetadas por las aguas.

* *

Dicen también, que muy de mañana, aún el sol no había transpuesto los paredones del Llambrión, ganaderos que venían de Soto y La Riera vieron bajar, camino de Covadonga, a la Virgen María «con un niño entre los brazos que es el gozo de los que lo ven».

Desde entonces a hoy, entre la gente de aquellos contornos, óyese a menudo este cantar:

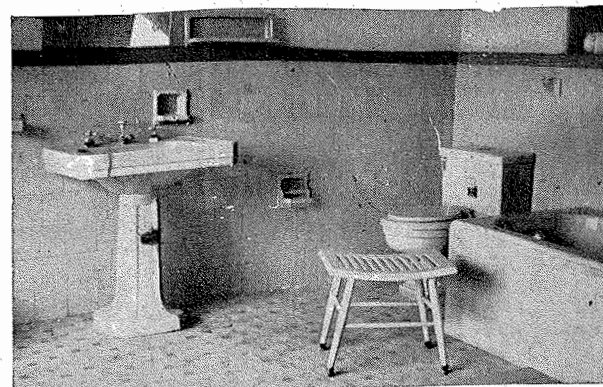
*«La Virgen de Covadonga
ye piquiñina y galana
y aunque baxara del cielo
no hay pintor que la pintara».*

LUIS S. GAVITO.

NUEVOS SOCIOS

D. Julio Nestor Montes.
D. Antonio Epí Baguer.
D. José Manuel Pevida González.
D. Silvino Sariego Fernández.
D. Jesús Antuña Viejo.
D. Fabián Tascón Alonso.
Sra. de Tascón.

D. Juan Manuel Llona García.
Srta. Magdalena Cerrillas.
Srta. Albina Quirós.
D. Miguel Benoís.
D. José María Pidal Alvarez.
D. Faustino Bernaldo de Quirós.
D. Julio Galán Gómez.



HOJALATERIA
FONTANERIA
CALEFACCIONES
●
ARTICULOS
SANITARIOS Y DE
CALEFACCION
●
ACCESORIOS
EN GENERAL

LA MARQUESINA

MARQUES DE SANTA CRUZ, 8

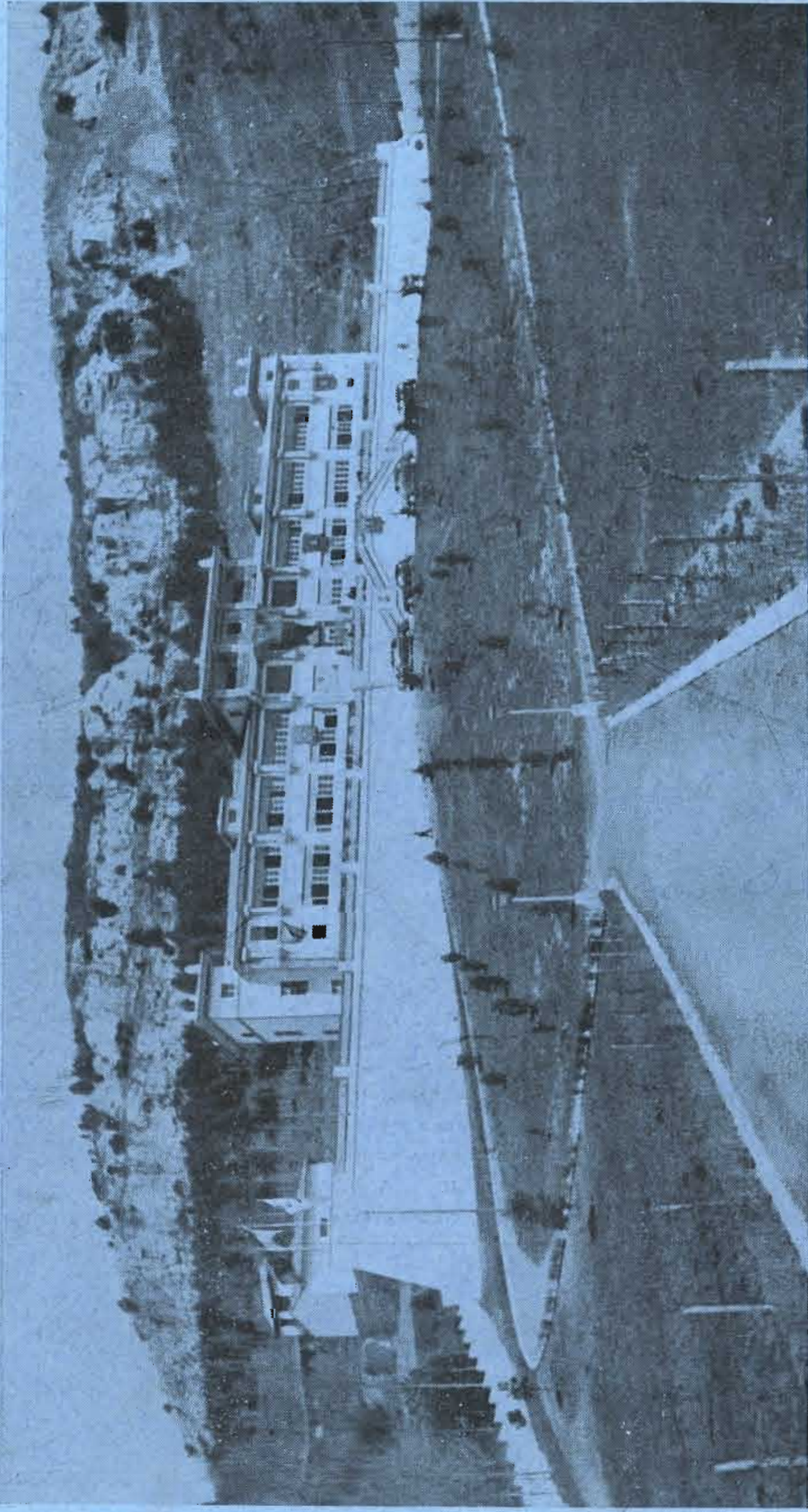
TELEFONO 1660

OVIEDO

GROSSI

IMPRESA - ENCUADERNACION - LIBRERIA
PAPELERIA - OBJETOS DE ESCRITORIO
ARTICULOS PARA REGALO
✠
SANTA SUSANA, 8 - OVIEDO - TELEFONO 2534

Casa Infantil Cuadanga, sostenida con las Beneficencias de



La Caja de Ahorros de Asturias